

P A B L O   Y   V I R G I N I A

---

E D U A R D O   W I L D E

Libros Tauro



Acabo de leer este romance. Es bueno; voy a contároslo por si no lo conocéis.

Una joven de familia distinguida se enamora en Francia de un hombre honrado, de mediana condición, llamado La Tour. Se casa con él. Esto desagrade a la familia de la mujer. El marido, disgustado del accidente, decide ausentarse y se traslada a una isla donde existe una colonia francesa; deja allí a su mujer y se va a negociar al extranjero. Muere antes de volver la isla, quedando su mujer con una hija no nacida aún, por toda su herencia. Esto se debió a que en el país había abogados; es decir: se debió a que había abogados la reducción de la herencia, no el hecho de haber quedado la señora encinta.

La pobre viuda se encuentra abandonada en la isla; busca un terreno y se instala. Por lo visto, el terreno era sumamente barato en aquel paraje.

Como vecina encuentra a una señora llamada Margarita, que se hallaba en idénticas circunstancias según el autor; totalmente diferentes, según lo verá el lector.

En efecto, Mme. La Tour era de familia noble.

Margarita no lo era.

Mme. La Tour era casada.

Margarita no lo era.

El señor La Tour era marido y de mediana condición.

El señor seductor de Margarita era amante y sin condición El señor La Tour se murió.

El otro señor no se murió por aquel entonces.

Mme. La Tour estaba embarazada de una niña.

Margarita de un niño.

El autor encuentra que todas estas circunstancias son idénticas. ¡Dios lo bendiga!

Había por allí, además, un vecino viejo y dos sirvientes negros de diverso sexo. Les ruego no creer que el viejo fuera neutro.

¿Cómo dividir el terreno de las nuevas vecinas, sin que hubiera cuestión de límites? El viejo echó a

la suerte el caso, y la cara y el castillo dieron los títulos de propiedad de los terrenos.

En ellos se construyen dos cabañas separadas, pero próximas.

Margarita dio a luz un niño; le llamaron Pablo, y se plantó un árbol.

Mme. La Tour dió a luz una niña; la llamaron Virginia, y se plantó otro árbol.

Era evidente que los árboles representarían en adelante la edad de los niños, en caso de no secarse (los árboles).

Las dos mujeres vivieron en santa paz y sin murmurar del prójimo. ¡Es necesario ir a las islas para presenciar tales fenómenos!

Los dos negros se casaron, pero la negra no dio a luz nada, razón por la cual no plantaron otro árbol.

El método de vida de estas gentes era muy sencillo: comían y se bañaban juntas, pero dormían separadas.

Iban a misa a la aldea vecina juntas, pero rezaban separadas.

El viejo las visitaba a todas juntas.

Pablo y Virginia crecieron y aprendieron a hablar; desde este último suceso se llamaron hermanos.

¡Uno se queda sorprendido de que no se hubieran dado tal nombre antes de saber hablar!

Pablo se ocupaba de los juegos y trabajos propios de su edad y de su sexo. Virginia hacía respectivamente otro tanto. ¡He aquí un nuevo fenómeno singularísimo!

Pablo quería mucho a Virginia y ésta a Pablo. Siempre andaban juntos. ¿Por qué no andarían de preferencia con el viejo?

Habla además un perro; se llamaba Fiel. ¡Esto es un pleonasma!

Cualquiera que tenga relaciones con un perro, sabe que es fiel, aunque no se llame tal.

Me parece inútil decir que las dos familias y el viejo eran felices. Comían, dormían, paseaban, jugaban y no pagaban contribución directa.

Nada tenían que reprocharse, ni una falta, ni un crimen, ni un pecado venial, salvo el original. A nadie hacían daño; ni carne comían por no matar animales, pues no se atrevían a comerlos vivos.

Tomaban leche, se alimentaban de verduras y huevos y habrían dejado a salvo estos últimos, si hubieran sospechado que de ellos salían los pollos.

Fiel, por su parte, no hacía tales distinciones y a pesar de su inmenso amor a la familia, no participaba de sus opiniones respecto al régimen alimenticio.

Un día que las dos madres habían ido a misa, llegó a las cabañas una negra esclava, flaca y hambrienta.

Pablo y Virginia le dieron de comer. ¡Esto es lo que se llama ser oportunos!

Enseguida la negra les contó que su amo le pegaba y la tenía en ayunas, que ella se había escapado y que si volvía, su verdugo la mandaría matar.

Júzguese del horror de los hermanos al oír el verbo matar, ellos que vivían en perpetua Semana Santa por no matar una gallina.

Como tenían buen corazón, se decidieron a interceder por la negra y emprendieron a pie un viaje de cinco leguas con su protegida. Llegaron a la hacienda del amo de ésta e intercedieron; el amo perdonó a la negra, pero miró a Virginia con unos ojos... ¡Ah! ¡Qué ojos!

Virginia se asustó. ¡La inocencia, naturalmente!...

Y no era que no hubiera motivo para mirar a Virginia con ojos de hacendado; la mocita tenía ya sus trece años, era redondita, blanca, graciosa, bonita y tenía un famoso desenvolvimiento de caderas en que Pablo no había fijado su atención.

Verdad es que Virginia era hermana de Pablo, y es sabido que las hermanas nunca tienen caderas.

Pablo y Virginia se retiraron a su cabaña y se perdieron en el camino, a causa del susto que llevaba la jovencita.

Llegaron a un río.

-Yo no paso -dijo Virginia.

Pablo la cargó a babucha y pasaron. A pesar del gusto que tuvo Pablo, llegó cansado a la otra orilla. ¡Es que los sentimientos tienen su límite!

Continuaron su camino con los pies lastimados y sin esperanzas de llegar. La noche avanzaba; los hermanos temblaban de miedo y se pusieron a gritar; el único que les respondió fue el eco que, como se sabe, repite las últimas sílabas.

-¡Socorro! - decía Pablo.

-Corro - decía el eco.



-Bendito sea Dios - gritaba inoportunamente Virginia.

-Adiós - repetía el eco burlón.

-Vengan pronto - exclamaba Pablo.

-Tonto - contestaba el eco, permitiéndose cambiar una letra.

De repente los perdidos oyeron un ladrido: era el de Fiel. "Ahí está el negro" dijo Pablo, aun cuando el negro no sabía ladrar, y bien pronto se encontraron reunidos con el sirviente.

-¿Cómo nos has encontrado? - le preguntaron.

-Vaya -les contestó el negro - hice oler vuestras ropas a Fiel y me ha entendido como si fuera un hombre.

Fiel afirmaba con la cola que era cierto.

-Los he buscado como si fueran agujas - añadió el negro-. Fiel ha seguido la pista y me ha conducido hasta la hacienda a donde fueron a pedir merced para la negra; allí he visto a la pobre en la tortura. ¡Buen modo de perdonar había tenido el patrón!

Virginia sospechó que no era bastante un viaje de cinco leguas para dominar las pasiones de un hacendado.

Domingo, así se llamaba el negro, hizo fuego, preparó la cena y estaban en lo mejor de ella los

viajeros, cuando vieron un grupo de negros que avanzaba: eran paisanos de la esclava castigada y reconociendo a sus protectores, quisieron premiarlos llevándolos en angarillas hasta las cabañas donde las madres los esperaban desoladas.

La vida de estas familias, evangélicamente inocentes, siguió deslizándose por la senda de la felicidad. Desgraciadamente, eso no duró mucho.

Virginia cambió de carácter: andaba triste, soñadora y se ruborizaba al ver a Pablo. Este no comprendía una palabra del asunto; solamente infería que su hermana no lo quería tanto pues no se dejaba abrazar ni besar como antes.

La madre de Virginia se dio a pensar, por aquella época, en que convenía separar a su hija de Pablo y habló a éste de un viaje a la India.

-Yo no voy a la India -respondió Pablo.

-Está bien, joven obediente -repuso Mme. La Tour-, no vayas.

Virginia continuaba soñando y haciendo rarezas. Una carta de Francia llegó a manos de Mme. La Tour: era de una tía de Virginia, rica como Crespo y mala como una avispa. En la carta pedía que le mandaran a Virginia.

La noticia se esparció por la isla y el gobernador y demás habitantes tomaron cartas en el juego.

Para Virginia se establecía este dilema: deajo a Pablo y tengo fortuna, o no tengo fortuna y no deajo a Pablo. Ella se inclinaba a lo último, pero las madres, los vecinos y el gobernador, opinaban por lo primero.

Pablo se desolaba, mas nadie le hacía caso.

En fin, tras de mil vacilaciones, embarcaron a Virginia, sin que lo supiera Pablo, quien renegó mucho, lloro mucho y se pasó tres días mirando al mar.

En Francia, la tía metió a la sobrina en un convento y la quiso casar con un viejo rico. Virginia se negó a ello y llevó durante su permanencia, una vida de perros.

En la isla no lo pasaban mejor. Pablo estaba sorprendentemente flaco y no cuidaba el jardín. No habían recibido noticias directas de Virginia, pero esto no les sorprendía porque la joven no sabía escribir. Un día, por fin recibieron una carta de su puño y letra ¿ cómo supieron que era de su puño y letra?... ¡Ah! ... ¡En las islas!

Pablo se puso a aprender a escribir para contestarla, y al fin de seis meses envió a su hermana

nominal una plana de curiosos detalles y cuyos últimos renglones contenían repetida cien veces la palabra ven.

La tía, cansada de la obstinación de su sobrina, se decidió a devolverla a su patria y la embarcó en un mal buque, eligiendo la estación de las tormentas.

El buque llegó a la isla, pero al acercarse a la costa, se desencadenó sobre él un horrible huracán.

Pablo, el viejo, los negros, Fiel, el gobernador y todos los vecinos hábiles para desempeñar el cargo de municipales, acudieron a la orilla del mar a presenciar el espectáculo y ver si podían servir de algo.

La tormenta era preciosa y digna de aquellas costas providenciales. El poder del Supremo Hacedor se mostraba allí en todo su apogeo.

Dios, que permite a los fabricantes construir buques, manda a las tempestades destruirlos. ¡Esto es de una lógica admirable y los humanos deben estar muy contentos de recibir lecciones tan provechosas!

La tempestad continuaba arreciando; las maderas del navío crujían, los cables se rompían y la

popa y la proa se sumergían alternativamente en la onda salada.

Los tripulantes y pasajeros se arrojaban al mar, las olas barrían la cubierta y a poco andar no quedaban en ella sino dos personas: un hombre de talla gigantesca y una joven de alma colosal. La joven era Virginia, el gigante no tenía nombre.

El gigante innominado rogaba a la joven Virginia que se dejara salvar; ésta se oponía a semejante pretensión por razones de pudor, pues era necesario desnudarse para echarse al mar y eso no entraba en sus costumbres.

Tan edificante coloquio se oía desde la costa a pesar de la distancia y de la tormenta.

-Desnúdese -le gritaban de tierra.

-Pas de danger -respondía la joven, que en su permanencia en el colegio había hecho recopilación de las expresiones más puras del idioma francés.

-¡Desnúdese! -le repetían los de la costa.

-Il ne manque plus que ça -respondía Virginia.

-¡Desnúdese! ¡Desnúdese!- continuaban las voces.

-Ja'ai bien autre chose a faire - respondia la joven.

-¡Desnúdese, por la virgen santísima! - vociferaban sus amigos.

-¡Ah! mais, non. ¡Par exemple! - contestaba la dócil y tierna doncella.

Cansado de rogar el gigante se echó al agua: el mar creció al recibir tamaño cuerpo.

Pablo, desesperado, trató de llegar a nado al buque, pero lo único que consiguió fue pelarse las rodillas y las narices contra las rocas.

Un momento después Virginia y su pudor desaparecieron de sobre cubierta.

¿Y Pablo? Fue sacado del mar, medio muerto y echando sangre por los oídos, por la boca y por cuanto conducto tenía.

¿Y Virginia? Yacía más linda que nunca y enteramente muerta sobre las arenas de la playa.

Los isleños la recogieron y al otro día la enterraron.

Al entierro asistieron todos los habitantes de la isla, inclusive el gobernador y los soldados, que hicieron a su cadáver (al de Virginia) honores fúnebres, como si se tratara del cuerpo de un coronel.

Las jóvenes de la isla querían que las enterraran vivas con el cadáver de la virtuosa doncella.

El gobernador se opuso a esto, fundándose en, que muchas habían perdido lo que perdió a Virginia.

Así, pues, lo único que se enterró, con los restos de la virginal empecinada fue su castidad y algunas flores igualmente inocentes.

Aquí debía concluir la novela, pero no concluye.

Pablo fue debidamente atendido, pero quedó mudo y bastante atontado. Juzgue el lector cuál sería la situación de Pablo con esta nueva dosis de estupor que le sobrevino!

Inútil es decir que las madres, los negros, el viejo y Fiel fueron desagradablemente impresionados por tales sucesos.

Pongo en conocimiento del lector que el viejo tantas veces nombrado en esta lamentable historia, sólo figura en ella por hallarse presente. Jamás ha hecho cosa alguna que yo pueda narrar, ¡pero el autor lo encuentra indispensable para el desarrollo del drama!

Margarita murió poco después.

Pablo, seguido del viejo, anduvo vagando mucho tiempo y recobró temporalmente el habla. Dos o tres veces dijo: "¡Virginia! ¡Virginia!", con todas sus letras, y se volvió a quedar mudo.

El viejo lo llevó al mercado (devuelvo al viejo su crédito puesto en duda en un párrafo anterior, en presencia de esta noble acción), lo llevó para ver si el movimiento de aquel centro comercial lo distraía; pero nada. Más bien las penas del joven aumentaron al ver terneros, pollos y pescados muertos.

Por fin, él también murió y tuvo el gusto (dice el autor), de ser enterrado junto a su novia.

La madre de Pablo murió a su tiempo y Fiel no quiso ser menos.

Los negros tardaron más en verificar esa operación, pero tuvieron, por último, que decidirse a imitar a sus amos y al perro.

En cuanto a la tía, se supo en la isla que había pagado caras sus maldades: murió loca en un manicomio.

Lo único que quedó en la isla, como rastro de la existencia de aquellas familias, fue la ruina de sus habitaciones y algunas aves domésticas viejas, que al verse abandonadas, se volvieron salvajes ; carnívoras: gallina hubo que se convirtió en una verdadera pantera.

El viejo, empecinado en vivir, quedó también para contar esta triste historia.



Ya la ha contado mas de cien veces (le devuelvo su reputación de personaje importante), y todavía llora al oír su propio relato.

¡Necesario es confesar que hay naturalezas muy sensibles!